

MEDIACIÓN MATERNA DE MARÍA EN LA EUCARISTÍA PARA LA EDIFICACIÓN DE LA IGLESIA PEREGRINA HASTA SU CONSUMACIÓN ESCATOLÓGICA EN EL CRISTO TOTAL

Así como Iglesia y Eucaristía son un binomio inseparable, lo mismo se puede decir del binomio María y Eucaristía. Por eso, el recuerdo de María en el celebración eucarística es unánime, ya desde la antigüedad, en las Iglesias de Oriente y Occidente. (ECCLESIA DE EUCHARISTIA n.57).

Cristo Redentor según el designio salvífico de Dios, *ha querido asociar a la Iglesia, su Esposa, como corredentora, en la dispensación del tesoro Redentor, mediante la celebración del Sacrificio eucarístico en el que radica el mismo origen y existencia de la Iglesia y toda su actividad salvífica*, que se ordena a la Eucaristía como a su centro y culminación. *“La Cruz lo hace todo, la Misa lo aplica todo”¹. La primera es sacrificio de Cristo solo*, al que quiso asociar a su Madre, la Inmaculada Corredentora. *La segunda es sacrificio de Cristo y de su Esposa, la Iglesia*, que debe aportar, como corredentora -en el orden de la redención subjetiva-, lo que falta a la Pasión de Cristo (Gal 1, 14), *“para que se realice la obra de la redención”*, aplicando sus frutos a través del tiempo y del espacio. *Como María, su tipo y figura perfecta, fue asociada en la redención objetiva a todos los dolores del nuevo Adán -que ofreció heroicamente en unión de su Hijo con amor obediente, como nueva Eva- también la Iglesia debe intervenir en la aplicación del tesoro redentor -en el orden de la redención subjetiva-, de modo tal que Cristo nos comunique -por su Espíritu, fruto de la Cruz- su Vida y sus otros dones a ella ordenados (caracteres, carismas, etc), con la cooperación de su Esposa, que lo hace presente sacramentalmente entre nosotros, por el ministerio del sacerdote en el misterio eucarístico: es decir, precisamente en cuanto sacramentado.*

Dios ha querido aplicar el tesoro de gracia del Espíritu vivificante que brota de la Cruz de Cristo *contando siempre y en todo con la cooperación de la Iglesia que celebra la Eucaristía por el ministerio de los sacerdotes, para mayor gloria de su Esposa inmaculada* (que nace de su Costado abierto y de la espada de dolor de la Mujer). Como buen Esposo, no hace nada sin contar con su Esposa, que adquirió al precio de su Sangre. Por eso, quiere hacerla partícipe de su triunfo en la Cruz gloriosa (cfr. Jn 12, 23) sobre la potestad de las tinieblas (Col 1, 13), del príncipe de este mundo, al que “echa fuera” en el progresivo establecimiento de su Reino hasta su plenitud escatológica (cfr. Jn 12,30). Es decir, *no sólo en cuanto está en el cielo, sino -siempre y sólo- en cuanto “sacramentado”*, por la acción litúrgica de la Iglesia que celebra la Eucaristía; pues *“la Iglesia hace la Eucaristía y la Eucaristía hace la Iglesia”*.

Tal es la exégesis tradicional de la Escritura que pasa de la patrística a la teología medieval, testimoniada por Sto. Tomás de Aquino -recordada en el Catecismo de C. de Trento, común en la doctrina teológica (si bien bastante abandonada en las últimas décadas)-. De ella se hace eco de manera reiterada el magisterio de Juan Pablo II (desde la primera encíclica “Redemptor hominis” -programática- hasta la más reciente de las 14 encíclicas publicadas “Ecclesia de Eucaristía” aparecida después de haber concluido este estudio). Se puede expresar así: *toda la gracia salvífica del mundo depende de la gracia de la Iglesia, y toda la gracia de la Iglesia -sacramental y extrasacramental- depende de la gracia de la Eucaristía* (considerada no como uno de los siete sacramentos -mesa del convite-, sino como ara del Sacrificio y tabernáculo de la presencia permanente en el sagrario, corazón viviente de la Iglesia).

¹ La Resurrección no merece la gracia que reconcilia con Dios, ni satisface por el pecado (*mediación ascendente*), sino que lleva -en cuanto es *merecida* por el amor obediente del Redentor a lo largo de todos los “acta et passa” de su vida, de un infinito valor satisfactorio y meritorio- a su plenitud (en el orden de la *mediación descendente*), el triunfo de Cristo sobre el pecado y el “príncipe de este mundo” en la Cruz gloriosa, en la “hora” de la glorificación del Hijo del hombre (Jn 12, 31), que nos reconcilia con Dios. Por eso dice el Apóstol: “murió por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación” Rm 4, 25).

De la presencia de Jesús vivo en la Hostia santa -escribe S. Josemaría Escrivá fundador del Opus Dei- “nacen todas las gracias”; y es, por eso, “la garantía, la raíz y la consumación de su presencia salvífica en el mundo”, en el misterio de la Iglesia, instrumento universal de redención.

*No todos los teólogos admiten esta doctrina que acabo de exponer en breve compendio, según la cual Cristo glorificado, al realizar la aplicación del tesoro redentor, lo hace siempre contando con la activa cooperación de la Iglesia, su Esposa, único instrumento de redención universal (L G 9b), en tanto que sacramentado; es decir, en relación con el misterio eucarístico (cuya raíz es la renovación sacramental del Sacrificio de Cristo, en “la hora” de la glorificación del Hijo del hombre (Jn 12,13) para aplicar sus frutos en cooperación con su Esposa la Iglesia). Toda la gracia deriva, sí, -dicen- de Cristo glorioso, fuente de la gracia, sacramentalmente presente en la Eucaristía. Pero no la dispensa en su totalidad “en tanto que sacramentado” "prout et quatenus adest sub speciebus. Probandum esset rem ita disposuisset ut gratiam nullam concederat nisi in conexione cum praesentia sacramentali"*².

Sin embargo, parece imponerse, del examen atento de las fuentes teológicas, que acabamos de resumir, la respuesta afirmativa, que es sostenida por Santo Tomás, brillantemente expuesta por Juan de Sto. Tomás y otros muchos autores; muy especialmente, por E. Sauras, que ha estudiado profunda y extensamente el tema en numerosos trabajos³.

A la luz de estas reflexiones se entiende, quizás con más hondura, el sentido y el alcance de la radicalidad de las enseñanzas del fundador del Opus Dei sobre la centralidad de la Eucaristía como fuente de toda la gracia salvífica en el plan divino de salvación del mundo.

He aquí dos textos especialmente significativos en los que se hace eco de las tesis que hemos reivindicado aquí de la más antigua tradición, que con tanto vigor expone Sto. Tomás y tantos AA. después de él (bastante olvidada en estas últimas décadas y vigorosamente propuesta en la reciente Encíclica de Juan Pablo II, “Ecclesia de Eucaristía”, posterior a este estudio):

<<El sacrificio (eucarístico) de Cristo, ofrecido al Padre con la cooperación del Espíritu Santo, eterniza en nosotros la Redención... *El amor de la Trinidad a los hombres hace que de la Eucaristía nazcan, para la Iglesia y para la humanidad, todas las gracias*>>⁴

<<Cristo vive en su Iglesia... en sus sacramentos, en su liturgia, en su predicación, en toda su actividad. De modo especial Cristo sigue presente en nosotros, en su entrega diaria de la Sagrada Eucaristía... La presencia de Jesús vivo en la Hostia Santa es la *garantía*, la raíz y la consumación de su presencia en el mundo>>⁵.

Precisamente porque es *raíz de toda la vida sobrenatural* -o su fuente ("Eucharistia fons, cetera sacramenta rivuli", había escrito el Catecismo del C. de Trento)- *no existe* -tal es el sentido del texto que acabamos de citar- *otra "garantía" de la presencia salvífica de Cristo salvador en el mundo, por cualesquiera medios de santificación, que su presencia eucarística, pues de ella derivan eficientemente -y a ella se ordenan como fin y culmen de la vida de la Iglesia-, tanto de*

² J. A. ALDAMA, *De Eucharistía* p. 398. La misma posición -por no distinguir entre la Eucaristía sacrificio y la Eucaristía sacramento de la presencia permanente (ambos aspectos de efecto universal), de la comunión sacramental como uno de los siete sacramentos (de efecto específico), aparece reflejada en el libro del Comité para el jubileo del año 2000, *La Eucaristía, sacramento de la vida nueva*. “No podremos sacar la conclusión de que la Eucaristía es manantial de la gracia para los demás sacramentos, o manantial de toda la vida de la gracia. Sólo Cristo es la fuente, y no lo es únicamente a través de la Eucaristía. La Eucaristía no puede ser vista como el canal a través del cual pasan todas las corrientes de la gracia. Ella, sin embargo, da la presencia de Cristo, que, a su vez, es el dueño soberano de la efusión de la gracia. Aquél que quería nutrir a la humanidad con la propia vida ha elegido la Eucaristía como medio privilegiado para ahondar en toda la profundidad de la vida humana y transformarla en vida divina”.

³ Cfr. E. SAURAS, Comentarios a q. XIII de la S. Th. de la edición bilingüe de la BAC (que cita y resume otros escritos del A.), al que es de justicia destacar entre otros AA. como De la Taille, Filagrassi, Dieckamp, K. Rahner, De Lubac, Journet, etc... Este último autor escribe *"toda la gracia santificante del mundo depende de la gracia de la Iglesia, y toda la gracia de la Iglesia depende de la Eucaristía"* (*L'Eglise du Verbe Incarné*, París 1986, 145 ss, t. II, p. 670).

⁴ *Es Cristo que pasa*, n. 86. Los subrayados son míos (también en la cita siguiente).

⁵ *Es Cristo que pasa*, n.102. El subrayado es mío.

origen sacramental como extrasacramental. *Si desapareciera la Eucaristía, desaparecería la Iglesia.*

Pero la Iglesia es indefectible; las potestades de las tinieblas jamás podrán conseguirlo. (Cfr. Mt. 16, 18). Quizá por eso el Señor ponga en relación el enfriarse de la caridad y la apostasía de los últimos tiempos "¿acaso encontrará fe sobre la tierra?", que da lugar a la tribulación suprema "cual no la ha habido ni la habrá" -cuyo tiempo será abreviado en gracia a la oración de los elegidos -con "la abominación de la desolación en el lugar sagrado" (Mt 24, 21 ss)⁶, predicha por Daniel. Esta no es otra que "la desaparición de la Hostia y el sacrificio perpetuo": del Sacrificio eucarístico, según la exégesis patrística a Dan. 9,27⁷.

Ya en la prefiguración de la antigua alianza como enseñó Ezequiel con tanta fuerza, Dios no permite que desaparezca del templo su presencia salvífica (la "schekinah"), arca de la alianza (figura de la Eucaristía), sino como castigo por la infidelidad de su pueblo, y muy especialmente por la degradación del sacerdocio, con vistas a su purificación⁸. En la nueva y definitiva alianza en su sangre el Señor nos ha garantizado su presencia entre nosotros hasta el fin de los siglos por el "anuncio"⁹ de su Muerte en el Sacrificio eucarístico. Por eso la amenaza de desaparición del mismo por la "abominación de la desolación en el lugar sagrado" (Mt 24, 31), le "obliga" a intervenir en el curso de la historia -especialmente en la gran apostasía del fin de los tiempos- para evitar que la abundancia del mal enfríe la vida teológica de caridad y de fe sin la que se pondría en grave peligro la "necesaria" presencia salvífica en la Eucaristía y -con ella- la misma Iglesia: pues "la Iglesia hace la Eucaristía y la Eucaristía hace la Iglesia"¹⁰.

Se comprende después de lo dicho que *La institución de la Eucaristía fue entre todos los actos precedentes de su vida pública que la preparan, el acto fundacional por excelencia que da origen a la Iglesia, nacida, "cuasi in occulto" en el Calvario, del costado abierto de Cristo - recordando el origen bíblico de la primera mujer-, y manifestada públicamente en Pentecostés; porque de una manera dinámica, misteriosa y sacramental, presencializa en el tiempo y en el espacio el sacrificio redentor de Cristo para que se realice la obra de la salvación contando con su libre cooperación de su Esposa (adquirida y purificada al precio de su Sangre)¹¹, hasta que vuelva a entregar su reino al Padre. "Esta es mi sangre de la alianza". "Díareje" es alianza y es testamento: el patrimonio de los bienes salvíficos de la nueva y definitiva alianza que entrega a la Iglesia se concentra en la Eucaristía¹².*

La Iglesia se constituye en nueva "Arca de la alianza" salvífica de Dios con los hombres, prefigurada en las alianzas veterotestamentarias, cuando Cristo entrega al colegio apostólico - con Pedro como cabeza- ese poder (carácter sacerdotal del ministerio apostólico, participación de la potestad -exousia- que el Padre entregó a Cristo con la unión hipostática, ungido por el Espíritu Santo desde su Encarnación en el seno virginal de María "propter nos homines et propter nostram salutem")¹³ al darles la orden de renovar el rito de institución de la Eucaristía: "haced esto en memoria mía", hasta su retorno al final de los tiempos¹⁴. Por eso la Iglesia, estructura orgánica

⁶ Cfr. Mt. 24 y lugares paralelos.

⁷ Cfr. Dan. 8,12; 11,32.

⁸ Ez 9, 3. Cfr. L. BOUYER, *La Biblia y el Evangelio*, 1977, c.V. "El problema cultural".

⁹ Actualización sacramental ("anamnesis", cfr. CEC, 1362-68) de la inmolación del Calvario para aplicar sus frutos.

¹⁰ La frase de De LUBAC. (*Ibid*), ha sido asumida por la catequesis de Juan Pablo II, y por el mismo Catecismo de la Iglesia Católica de 1992 (CEC 1396). En los apocalipsis sinópticos (Mt 24,21 y Cfr. Mr 13, y Lc 21), se dice que si no se acortasen aquellos días de la gran tribulación, cual no ha habido ni la habrá, no se salvaría nadie, pero atención a los elegidos se acortarán. Son los días de la *abominación* desoladora en el lugar sagrado: "la desaparición de la Hostia" y el Sacrificio eucarístico, del que vive la Iglesia, profetizada por Cristo en vísperas de su Pasión. Esa abominación es desoladora porque tiene, como consecuencia, la *desolación*: la corrupción y la muerte a la vida sobrenatural -que sobreviene cuando se ciega la fuente de aguas vivas que brotan de su Costado abierto en la Cruz gloriosa, salvíficamente presente a lo largo del tiempo y del espacio en virtud de la renovación sacramental eucarística del Sacrificio del Calvario, "que hace" el sacerdocio ministerial, de la que vive la Iglesia, la cual que, como "sacramentum salutis mundi", está llamada a recapitularlo todo en el Cristo total por redundancia de la plenitud de la gracia de Cristo presente en ella.

¹¹ Cf. PABLO VI, *Credo del Pueblo de Dios*, n. 24.

¹² Cf. COLLANTES, *La Iglesia de la palabra*, II, Madrid, 1972, p. 177.

¹³ Cf. Mt. 28, 18.

¹⁴ La Eclesiología ortodoxa es eucarística y sofíánica, cfr Hans Urs Von BALTHASAR, *La gloria y la Cruz*, (Estilos II). S.Boulgakof y V.Soloviev gustan presentar a la Iglesia bajo el símbolo de la divina Sofía, tema de los libros sapienciales, contemplada con los rasgos femeninos de la Mujer de Gen 3,5 y Ap.12. La Sabiduría encarnada en Jesucristo se refleja en el complemento femenino, María, con su extensión universal que es la Iglesia, cuyo rostro refleja. La dimensión

institucional y visible que hace posible la renovación incruenta del sacrificio del Cristo que vence para siempre al pecado y a la muerte, permanecerá inalterable a pesar de las asechanzas del enemigo. "Estaré con vosotros todos los días hasta la consumación del mundo" (Mt. 28, 20), porque el Espíritu Santo garantiza ese "anunciar la muerte del Señor" del sacrificio eucarístico "hasta que venga (1Cor 11,26)". Pedro, la roca firme, asegura esa indefectibilidad al garantizar¹⁵ la recta celebración del Santo sacrificio de la Misa, como principio de unidad, en la fe y en la comunión, de la estructura jerárquica ministerial del sacerdocio ministerial, capacitado por el carácter del orden, a renovar "in persona Christi Capitis", el divino Sacrificio del Calvario. Tal es la dimensión petrina de la Eucaristía, al servicio de la indefectibilidad de la Iglesia.

Por eso la comunión jerárquica es la que hace legítima la comunidad que celebra la Eucaristía; no es un añadido exterior a la Eclesiología eucarística, sino su condición interna. No es otra la razón formal del "ministerio petriño": asegurar esa unidad de fe y de comunión garantizando así la legitimidad del culto eucarístico, fuente y culmen de toda la actividad salvífica de la Iglesia (SC10).

María es cooferente del sacrificio de Cristo y de su propia compasión. La Santa Misa, renovación sacramental del sacrificio del Calvario a lo largo del tiempo y del espacio para aplicar sus frutos, con la cooperación de la Iglesia -en el orden de la redención subjetiva-, incluye, por tanto, la cooperación corredentora de la nueva Eva asociada al nuevo Adán -de manera única ("prorsus singularis" LG 61) en la restauración de la vida sobrenatural, en el orden de la redención adquisitiva.

*María no es sólo modelo y figura de la Iglesia sino mucho más (RM,44): es Madre de la Iglesia y con la Iglesia, que recibe de ella una incesante cooperación maternal de intercesión y distribución de las gracias que ha contribuido a adquirir, en las que se hace concreta y vital su mediación materna. Este influjo materno alcanza a cada uno de los hombres llamados a la salvación, precisamente en cuanto es Madre de la Iglesia toda, como una "mística persona" que refleja su imagen. Es Madre de los hombres, en y a través de la maternidad de la Iglesia, en la cual, "se derrama su maternidad", en virtud de su cooperación en la restauración de la vida sobrenatural (RM,24). "Su fecundidad de esposa de Cristo brota de la fecundidad de María. Una sola fecundidad que se desarrolla a través de dos tálamos, el de María y el de la Iglesia". (P. Parente) La maternidad de la Iglesia, pues, se lleva a cabo en continuidad y dependencia de la mediación materna de María; la cual se funda, a su vez, en la única fuente de mediación que es la plenitud de Cristo, único Mediador entre Dios y los hombres (cf. 1 Tim 2,5)*¹⁶.

La mediación maternal de María, incluye, pues, la más alta participación de la Mediación capital de Cristo, sacerdotal, profética y real, que es superior (no sólo de grado, sino en esencia, por ser "de orden hipostático"), a la que es propia del sacerdocio ministerial. Según el Magisterio, en efecto. María no sólo aceptó -asociándose a él- el sacrificio de la cruz consumado en un determinado momento de la historia, sino también en su extensión en el tiempo. Por eso es tan real su presencia -como Corredentora, Mediadora en el Mediador- en la Santa Misa como en el Calvario¹⁷. Es más, esa presencia activa de la Corredentora en el Sacrificio Eucarístico continúa de modo inefable en el Santísimo Sacramento, en íntima unión con Cristo sacramentado, "corazón viviente de la Iglesia", que vive de la Eucaristía¹⁸.

petrina de la Iglesia, como justificaremos luego, aparece en la perspectiva católica como un servicio indispensable a esta dimensión eucarística-mariana que acabarán aceptando como ya lo hizo el genial Soloviev al final de su vida.

¹⁵ La indefectibilidad de la Eucaristía y de la Iglesia -que vive de ella- tiene un triple fundamento pneumatológico, cristológico y petriño, que corresponde a la triple promesa de Cristo (Jn 14, 16, Mt 28, 20 y Mt 16, 18)

¹⁶ Cf. P. PARENTE, *María, en el misterio de Cristo y de la Iglesia*, Madrid 1987, que sostiene, con razón, que la materna mediación de María es vivida especialmente en la Santa Misa, como fuente y culmen de la actividad salvífica de la Iglesia. J.A.de ALDAMA, "Eucaristía y Maternidad divina" en *Scripta de María* 1978, 37-58.

¹⁷ Es muy amplia la bibliografía sobre el tema, G. CROSETTI, *María e l'Eucaristia nella Chiesa*, Bolonia 2001, AA.VV, *María e l'Eucaristia*, Roma 2000, a cura di E. M. TONIOLO, que ofrece al final del volumen una amplia bibliografía, que comienza con los estudios publicados en la Actas del Congreso mariológico de 1950, *Alma Socia Christi*, y de diversas sociedades mariológicas sobre este tema y un concluye con amplio elenco de publicaciones sobre él, en orden alfabético de autores (pp. 310-330).

¹⁸ Cfr. CH. JOURNET, *Entretiens sur Marie*, Parole et Silence, Langres-Saint-Geosmes, 2001, que afirma : << l' Eucharistie, Marie, le Pape, "c'est tout un", c'est à dire cela forme une unité indissociable >> (« Les Trois Blancheurs »).

A veces no se advierte -observa el P. E. Sauras¹⁹, con razón-, que *la presencia permanente de Jesucristo en el sagrario tiene también una referencia sacrificial*, de mediación ascendente, que mira a Dios (no sólo sacramental -descendente- de santificación de los hombres). También en el Sagrario se conserva lo que se hizo en el altar; de modo tal que puede afirmarse que, además de estar *como sacramento que nos vivifica, está como Hostia ofrecida al Padre, en unión de su Cuerpo místico*, rindiendo culto de adoración, agradecimiento y compensación propiciatoria. Es el "iuge sacrificium" o sacrificio permanente del Cristo total, Cabeza y miembros, como hostia pura y agradable al Padre. Ahí está Cristo "viviendo por el Padre en nuestro favor". No se inmola sacramentalmente "in actu exercito" sino en el altar. Pero puede decirse que en su presencia permanente en el Santísimo Sacramento. Cristo no está solo en estadio de víctima, sino que "se está inmolando", "in actu signato". *Cristo Nuestro Señor continúa pidiendo, en el Sagrario y con un incesante clamor -en unión con la Inmaculada Corredentora- de compensación propiciatoria, que se apliquen sus satisfacciones y méritos infinitos pasados a tales o cuales almas.* "Interpellat pro nobis primo representando humanitatem suam quam pro nobis assumpsit". Pero no sólo lo hace así presentando sus llagas como credenciales de los méritos pasados. También lo hace "exprimendo desiderium quae de salute nostra habet". *De este deseo participan los bienaventurados, según el grado de su caridad.* (S. Th. III, 83,1)²⁰.

La oración siempre viva en Cristo glorioso, -participada por sus miembros bienaventurados, expectantes activamente de la consumación del Reino de Dios (cfr. Apoc. 6, 10, que nos habla de su clamor debajo del altar, para acelerar su advenimiento)- es el "alma" del santo sacrificio de la Misa y continúa activamente eficaz en un incesante clamor en el tabernáculo, "hasta que vuelva" (1 Cor 11, 26). Entonces, cuando se haya dicho la última Misa, continuará la oración de Cristo glorioso y sus miembros glorificados, en la Jerusalén celestial, en permanente alabanza a la Trinidad. Sólo cesará la oración de petición, porque ya Dios será todo en todos, después de haber puesto sus enemigos debajo de sus pies. (1 Cor 15, 17-18).

Es el *sacrificio celeste en la Jerusalén Celestial*, que *se une al sacrificio propiciatorio de la Iglesia militante, sólo a través del cual se realiza la obra de la redención*. En el estado de término de los bienaventurados ya no se puede satisfacer ni merecer. Es necesaria la aportación meritoria y satisfactoria de los "viadores" de "lo que falta a la Pasión de Cristo". El sacrificio celeste -al que se asocia la liturgia de la tierra, de la cual forma parte esencial-, tiene, por ello, los valores latreutico, eucarístico e impetratorio; pero no el *propiciatorio* -que no pocos parecen ignorar, quizá por contagio luterano- que *hace operativo la Iglesia militante*, cuando hace sacramentalmente presente el valor satisfactorio y meritorio de la Redención de Cristo, que culmina en el Sacrificio del Calvario, aportando su propia cooperación -corredentora- necesaria para la aplicación, a lo largo del tiempo y el espacio, del tesoro redentor, en la instauración progresiva del reino de Dios a lo largo de la historia de la salvación hasta su consumación en la Parusía, cuando "Dios sea todo en todos" (1 Cor 15, 28).

Se trata de una presencia "concomitantiae" -diría Sto Tomás con respecto a la presencia "per modum substantiae" del Cuerpo y la Sangre de Cristo Sacerdote (que renueva de modo sacramental incruento la entrega de su vida en el holocausto del Calvario por el derramamiento de su preciosísima Sangre), que acontece "vi verborum transubstantationis".²¹

No como María de modo intrínseco -relativo, por su cooperación maternal en la constitución del ser teándrico del Dios-hombre, único Mediador entre Dios y los hombres-, y ("operari sequitur esse") en su obra salvífica, como Mediadora en el Mediador; sino de modo extrínseco-relativo, que no puede menos de tener repercusiones en el orden operativo salvífico, con alguna asociación a María -su Esposa- en la línea corredentiva. S. José ("la sombra de Dios Padre", o "su Icono transparente", se le ha llamado) es, en efecto, de modo no accidental, sino constitutivo de su identidad, en el ser y en el obrar, custodio del "arca de la alianza" (María su Esposa, Madre del Redentor); a modo de "Querubín" de flameante espada (cfr. Gn 3, 24), que guarda el "huerto sellado" de la fecunda Virginitad de María, que contiene el "árbol de la vida", el Mesías Salvador.

Por eso *José forma con Jesús y María una unidad indisociable que solía llamar "la Familia de Nazareth"* -siguiendo una antigua tradición- "*trinidad de la tierra*"; *imagen perfecta* -creo que se puede considerar así- *de la "Trinidad del Cielo"* (la Familia Trinitaria) y camino de acceso a Ella.

El influjo de ejemplaridad dinámica de la mediación materna de la Inmaculada Corredentora -Mediadora maternal en el Mediador Capital-, a mi parecer, es el fundamento inmediato de la misteriosa subsistencia de la Iglesia Esposa de Cristo Cabeza, como Persona mística -en sentido no meramente metafórico, sino propio y formal, como uno de los analogados

¹⁹ Cfr. E. SAURAS, *Teología y espiritualidad del sacrificio de la Misa*, Madrid 1985.

²⁰ Cfr. H. DE LUBAC, *Catolicismo. Los aspectos sociales del dogma*, Madrid 1988, 81 ss. Sobre este tema trato ampliamente en mi libro, *La doble dimensión petrina y mariana de la Iglesia*, de próxima publicación, completada y actualizada.

²¹ Véanse textos en A. PIOLANTI, *El Misterio Eucarístico*, Madrid 1958, t.I, 327-334

de esta noción metafísica, que ha entrevistado e insuficientemente explicado J. Maritain²²- *que coopera como nueva Eva, con el nuevo Adán, en la recapitulación de todo el universo en Cristo. El seno materno de la Inmaculada es el molde (más que modelo extrínseco) en el que se forma el Cristo total, Cabeza y miembros.*²³

En efecto, "en la fe de María, ya en la Anunciación y definitivamente junto a la Cruz, se ha vuelto a abrir por parte del hombre aquél espacio interior... de nueva y eterna alianza... que subsiste en la Iglesia, que <<es en Cristo como un sacramento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano>> (LG,1). En ese espacio interior -abierto por la fe de María²⁴- podemos recibir toda clase de bendiciones espirituales"(RM,28). Ese ámbito o espacio interior es el seno de la Iglesia, Esposa virginal y fecunda de Cristo, abierto por la fe de María, Madre del Cristo total, Cabeza y miembros. La institución visible, -sociedad exterior orgánicamente estructurada- es "sacramento universal de salvación", que "tiende a recapitular, como arca de salvación -bajo Cristo como Cabeza- la humanidad entera, en la unidad del Espíritu" (cf. LG,13b) en el Corazón de la Mujer, hasta que se complete el número de los elegidos. (Tal es, a mi juicio, el horizonte teológico de la experiencia espiritual de la Inmaculada implícitamente presente en los inspirados escritos de S. Maximiliano María Kolbe).

La Esposa de Cristo subsiste como Persona, en sentido propio, en la Iglesia -que vive de la Eucaristía- fundada sobre la firme roca de Pedro, en virtud de la materna mediación de María -instrumento (en íntima unión con el "Unus Mediator") de la donación del Espíritu Santo-, como sacramento y arca de salvación -la "Catholica"- que atrae a su seno materno a todos los hombres de buena voluntad, formándose así la estirpe espiritual de la Mujer -profetizada en el Protoevangelio y tipificada en el trasfondo bíblico de la Hija de Sion- que no es otra que "el Pueblo mesiánico que tiene por cabeza a Cristo y la común dignidad de hijos de Dios en los cuales habita el Espíritu Santo como en un templo" (cf. LG,9b).

Todos los fieles -cualquiera que sea su vocación particular, y su consiguiente posición eclesial en la estructura orgánica de la comunidad sacerdotal que es el Pueblo de Dios. Todos están llamados a contribuir a la dilatación del Reino de Dios, ofreciendo su entera existencia -con alma sacerdotal- como mediadores en Cristo Jesús, unidos al divino Sacrificio del Calvario -que recapitula y consume su entera vida redentora- sacramentalmente presente en la Eucaristía, que hace la Iglesia.

La Eucaristía hace o edifica la Iglesia. Pero la hace no sólo en cuanto es fuente de toda la gracia vivificante que salva a cuantos no la rechazan, sino también en cuanto que *Cristo sacramentado, único Mediador y Redentor del hombre, quiere hacer partícipe a la Iglesia su Esposa*, por los caracteres sacramentales y los carismas, *de su plenitud de Mediación sacerdotal, profética y regal*, para que todos y cada uno sus miembros tengan parte -como corredentores- en la obra de la salvación del mundo, constituyéndola así en "comunidad sacerdotal orgánicamente estructurada" (LG 11); y -a ese título, en virtud de la Eucaristía- en *instrumento universal de redención*.

²² Quizá resulte llamativo hablar de subsistencia personal en sentido propio de la Iglesia. Pero creo bien fundada esta tesis, que parece, por lo demás, de gran valor ecuménico, como expongo a continuación. Cfr. mi estudio sobre "La Persona mística de la Iglesia, Esposa del nuevo Adán", en *Scripta Theologica* 27 (1995), 789-858, donde muestro cómo es uno de los analogados de la noción de persona (que expongo más ampliamente en *Metafísica de la relación y de la alteridad*, cit), cuyo "analogatum princeps" son las relaciones subsistentes de origen que constituyen las Tres divinas Personas.- Esta metafísica de persona difiere de la tesis de J. MARITAIN (*L'Eglise: sa personne et son personnel*. Trad. esp. Desclée 1974), sobre la personalidad en "sentido propio" de la Iglesia (que no ha tenido, extrañamente, el eco que hubiere merecido, quizás por una escasa atención a la Teología especulativa bastante común en la Teología contemporánea).

²³ Quizá resulte llamativo hablar de subsistencia personal en sentido propio de la Iglesia. Pero creo bien fundada esta tesis, que parece, por lo demás, de gran valor ecuménico, como expongo a continuación. Cfr. Mi estudio sobre <<La Persona mística de la Iglesia, Esposa del nuevo Adán>>, en *Scripta Theologica* 27 (1995), 789-858, donde muestro cómo es uno de los analogados de la noción de persona (que expongo más ampliamente en *Metafísica de la relación y de la alteridad*, cit.), cuyo <<analogatum princeps>> son las relaciones subsistentes de origen que constituyen las Tres divinas Personas. Esta metafísica de persona difiere de la tesis de J. Maritain (*L'Eglise: sa personne et son personnel*. Trad. Esp. Desclée 1974), sobre la personalidad en <<sentido propio>> de la Iglesia (que no ha tenido, extrañamente, el eco que hubiere merecido, quizás por una escasa atención a la Teología especulativa bastante común en la Teología especulativa bastante común en la Teología contemporánea).

²⁴ Sobre la fe de María como fundamento de su maternidad respecto al Cristo total -participada de la Paternidad subsistente originaria divina- cfr. J. FERRER ARELLANO, *Dios Padre, origen de la vida trinitaria, como fuente ejemplar y meta de la maternidad de María y de la Iglesia*, en "Ephemerides Mariologicae" 49 (1999) 53 a 125.

Tal es -como ya hemos subrayado antes- la razón formal del misterio de la Iglesia: la voluntad de Dios de salvar a los hombres no aisladamente, sino constituyendo un pueblo (LG 9), cuyos miembros están llamados a cooperar con Él (tal es la ley de la alianza, categoría clave de la Escritura), comunicándose mutuamente los frutos de la redención, no por necesidad, sino por mayor gloria de su Esposa inmaculada²⁵.

La noción tan repetida en los textos eclesiológicos del Concilio Vaticano II de "la Iglesia como un sacramento", es tradicional en la patrística, por su analogía con el Verbo encarnado: pues "así como la naturaleza humana asumida sirve al Verbo encarnado como de instrumento vivo de salvación unido indisolublemente a Él, de modo semejante la articulación social de la Iglesia sirve al Espíritu Santo, que la vivifica para el acrecentamiento de su cuerpo (cf. Eph.4,16)" (LG 8). Cristo instituyó al pueblo de Dios para ser "comunidad" de vida, de caridad y de verdad, y se sirve de él (de su institución histórica visible) como instrumento de redención universal" (LG 9b)²⁶.

La Iglesia es, pues, "instrumento de redención universal"; "como un sacramento, o sea, signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad del todo el género humano" (LG,1) que actúa en los sacramentos, como "raíz y culminación de toda la actividad salvífica de la Iglesia" (SC,10), con una maternidad derivada de la materna mediación de María, que atrae a su seno materno -como arca de salvación²⁷- a todos los hombres de buena voluntad.

"La maternidad de la Iglesia" está unida esencialmente a su naturaleza sacramental... Si la Iglesia es "signo e instrumento de la unión íntima con Dios", lo es por su maternidad, porque, vivificada por el Espíritu, "engendra" hijos e hijas de la familia humana a una vida nueva en Cristo. Porque al igual que María está al servicio del misterio de la encarnación, así la Iglesia permanece al servicio del misterio de la adopción como hijos por medio de la gracia (RM,43b).²⁸

El sacerdocio de Jesucristo, ejercitado a lo largo de toda su vida ofrecida en libre amor obediente de su Humanidad santísima a la Voluntad salvífica del Padre que le había enviado (cfr. Hb 10, 5-10) -que es el "alma" de la Redención a la que asoció a su Madre Inmaculada- y plenificado o consumado (Hb 5, 9) en el Sacrificio del Calvario -en "la hora de la glorificación del Hijo del hombre" (Jn 12, 31)²⁹-, se prolonga hasta el fin de los tiempos a través de la

²⁵ Cfr. Pio XII, *Mystici Corporis* (AAS, 1943, 2, 7).

²⁶ La Iglesia "institución" es "sacramento" -"medium salutis"-, porque es la prolongación de la Encarnación, principio de los sacramentos: que son tales, a título de acciones fundamentales de la autorrealización de la Iglesia por la gracia salvífica como "fructus salutis": la progresiva instauración del Reino de Dios hasta su "consumación" escatológica. La palabra "docente" y "autoritativa", como toda la actividad de la Iglesia, a ellos se ordena y de ellos -y su raíz fontal que es el Santo Sacrificio de la Misa- deriva su eficacia salvífica (cf SC,10) (cf.RM 44 cd).

²⁷ Cfr. el VII capítulo "Cristianismo y religiones" de mi *Filosofía de la religión*, donde propongo esa explicación de la unicidad salvífica de la Iglesia, en la declaración *Dominus Iesus* del 16-VI-2000.

²⁸ Es célebre el pasaje de Isaac de Stella, al que remite el Concilio (LG 64). <<Lo que se dice de la Iglesia virgen-Madre en sentido universal, se ha de aplicar a María en sentido singular y especial... Además, toda alma creyente puede ser considerada, bajo un determinado aspecto, como esposa del Verbo de Dios, madre de Cristo, hija y hermana suya, virgen y al mismo tiempo fecunda>> (PL 194,1863 A-B).

²⁹ El Prof. A. Aranda ve la distinción entre sacerdocio común y el ministerial en que el primero participa del sacerdocio de Cristo en los misterios de su vida, y el ministerial en su consumación en el misterio de la Pascua. Efectivamente, si toda la vida del Señor es "causa salutis aeternae" (Hb, 5, 9), Dios ha querido que sólo en el supremo holocausto de Cristo ("la hora de la glorificación del Hijo del Hombre" (Jn 17, 31) se produjera la reconciliación con Dios y el rescate de la Humanidad pecadora. Son, pues, redentivos -infinitamente satisfactorios y meritorios- todos los "acta et passa Christi". Pero lo son en cuanto orientados al misterio Pascual y en él recapitulados. En esta perspectiva me parece justa la distinción de A. Aranda (que él explica de modo que creo insuficiente). De ahí la necesidad del ministerio sacerdotal que actualiza el Sacrificio eucarístico pascual -sólo él está capacitado para ello (el muro sacramental) y -en consecuencia- hace presente como "alter ego" sacramental, a Cristo Cabeza en un "ministerium Verbi et sacramentorum", para hacer posible el culto y oblación espiritual -con alma sacerdotal- del entero pueblo de Dios (la totalidad de los fieles, que incluye a los portadores del ministerio en cuanto fieles). Cfr. A. ARANDA, *Sacerdocio de Jesucristo, en los ministros y en los fieles*, Actas del XI Simp. Teol. 1989, Univ. Navarra, 207-247.

La teoría de Von BALTHASAR (*El ministerio Pascual*, en "Mysterium salutis", III, 2, 143-168) que distingue ambos sacerdocios según el doble aspecto formal del sacerdocio de Cristo subjetivo (entrega filial al Padre)

Iglesia, que es esencialmente -en su fase peregrina- pueblo sacerdotal, consagrado a imagen de Cristo Sacerdote, Profeta y Rey, Mediador de la nueva y eterna alianza, para continuar con Él su misión redentora -con una mediación sacerdotal participada de corredención-, en una complementaria conjunción de dones jerárquicos y carismáticos, orgánicamente estructurada -bajo Pedro-, al servicio de su misión salvífica como instrumento de salvación para la vida del mundo. Tal es la esencia y razón de ser de la Iglesia peregrina hasta su consumación escatológica.

El ministerio ordenado tiene la función de asegurar de modo infalible ("opus operatum") -recordémoslo- la presencia de Cristo, Cabeza y Esposo de la Iglesia, "para hacer que el entero pueblo sacerdotal de Dios pueda ofrecer su culto y oblación espiritual" como don de la Esposa³⁰. En la potestad y eficacia salvífica del sacerdocio ministerial, que está intrínseca y esencialmente ordenado al sacrificio eucarístico -y en él se funda- descansa y se alimenta la vida de la Iglesia. Está al servicio del sacerdocio real del entero pueblo de Dios, haciendo posible el cumplimiento de su misión corredentora como instrumento universal de salvación.

A través de los ministros consagrados, que participan sacramentalmente en la autoridad y en la acción de Cristo Esposo Cabeza de la Iglesia -como "su alter-ego sacramental"-, viene a todos sus miembros -si cooperan con el don del Esposo que les capacita a aportar su propio don (el don de la Iglesia-Esposa)- la vida sobrenatural y la eficacia apostólica. El ministerio consagrado es, pues, absolutamente necesario para el ejercicio -con "alma sacerdotal"- de la misión corredentora de todos y cada uno de los christifideles, miembros de la Iglesia Esposa de Cristo, que deben aportar el don de la Esposa, cooperando con el don del Esposo -que culmina en el Sacrificio del Calvario sacramentalmente presente por mediación del sacerdocio ministerial- para que se realice la obra de la salvación, incluidos los portadores del ministerio, en tanto que fieles.

Una consecuencia de la bipolaridad <<sacerdocio-común sacerdocio-ministerial>> -en su esencial diferenciación y mutua exigencia de complementariedad-, es la impronta en toda la actividad cotidiana de las "almas de Eucaristía"-, de la doble dimensión petrina y mariana de la Iglesia (que tiene su origen -como veíamos- en el dinamismo salvífico de la Eucaristía, que la constituye y vivifica con la necesaria mediación de María y del ministerio petrino).

En efecto, la estructura "jerárquica" ("orgánica" (cfr. LG 11), si incluimos los carismas y ministerios que la individualizan en las multiformes vocaciones particulares, en unidad estructural de servicios recíprocos, para común utilidad) de la comunidad sacerdotal que es la Iglesia -institución, fundada en el "munus petrinum" (su dimensión petrina), está totalmente ordenada a la santidad (la comunión con Dios y de los hombres entre sí, LG 1) por la que la Iglesia Esposa, tipificada por María, ejemplar trascendente de santidad, responde al don del Esposo, en el Espíritu, con su propio don- haciéndose un sólo Cuerpo con El (su dimensión mariana). Todo don jerárquico y carismático (LG 4) pertenece a la "figura de éste mundo que pasa" (LG 48 c) y está ordenado a servir de medio ("medium salutis") de santidad, por la que el Cuerpo de Cristo crece en su comunión ("fructus salutis") con Dios hasta la unión consumada con el Esposo en la Jerusalén escatológica.

Por eso, la dimensión mariana de la Iglesia antecede a la petrina (CEC,773), aunque esté estrechamente unida a ella y le sea contemporánea; de modo tal que su doble impronta estará presente, en toda su actividad. Y ello no sólo porque María, "la Inmaculada", Mediadora maternal en el Mediador, precede en el camino de la fe -de la fiel respuesta al don de Dios- a cualquier otro miembro de la Iglesia, incluyendo a Pedro y los Apóstoles (que siendo pecadores, forman parte de la Iglesia "sancta ex peccatoribus") -es decir, por una razón de ejemplaridad que "mueve a la imitación"-; sino también porque el "triple munus" del ministerio jerárquico no tiene otro

participado por el sacerdocio común; y objetivo (presencialización sacramental de la Pascua) por el sacerdocio ministerial apunta en la misma dirección, pero con una fundamentación más débil, a mi parecer.

³⁰ Mons.A.del PORTILLO, *Escritos sobre el sacerdocio*, Madrid, 1970,115. De ahí la ineludible necesidad del ministerio ordenado (su "prioridad funcional" en terminología de Pedro RODRÍGUEZ, que está al servicio de la "prioridad sustancial" del sacerdocio común, en cuya actuación se obtiene la comunión salvífica con Dios: la santidad a la que todos están llamados. (Cfr. *El Opus Dei en la Iglesia*, en colaboración con F. OCÁRIZ y J. L. ILLANES, 5ª ed. Madrid 1997).

cometido que "formar a la Iglesia en ese ideal de santidad en que ya está formado y configurado en María". Ella no pretende los poderes apostólicos, pero es Reina de los Apóstoles porque los poderes jerárquicos derivan de su materna mediación³¹. No es sólo Madre de la gracia de la Filiación divina (de las virtudes y dones) como "fructus salutis", sino también de todas las gracias de mediación. El sacerdocio ministerial y el ministerio petrino ("media salutis") derivan de su mediación maternal. Es Madre de la Iglesia entera en, y a través de la cual -como sacramento y arca universal de salvación- ejerce su Maternidad sobre cada uno de los hombres en singular³². La Iglesia es, pues, en su esencia, el misterio de la Esposa. Los poderes apostólicos sitúan, ciertamente, a algunos de sus miembros, "del lado del Esposo". (Es lo que el fundador del Opus Dei designaba gráficamente con la expresión "muro sacramental"³³). Pero su función, aunque necesaria en la fase peregrina e histórica de la Iglesia, es provisional (Cfr. LG 48 c). Está al servicio del buen ejercicio -con alma sacerdotal- de su misión de Esposa -que debe aportar, con su sacerdocio real, común a todos los miembros del Pueblo de Dios, incluidos los ministros ordenados, no en tanto que tales, sino en tanto que fieles, su propio don: el don de la Esposa-haciéndolo posible. De su conjunción brota la gracia salvífica en la que se hace efectiva la obra de la redención del mundo hasta que se complete el número de los elegidos al fin de la historia salvífica.

La Esposa de Cristo es, en efecto -como decíamos en el epígrafe anterior-, una "mística persona"³⁴ - en sentido analógico, pero propio-, constituida por el influjo de la mediación materna de María -cuya imagen de fecunda maternidad virginal refleja-, que, siempre en libre respuesta y cooperación subordinada a la iniciativa de su Esposo, da culto a Dios, propone infaliblemente verdades reveladas por su Esposo, santifica por los sacramentos, habla, enseña... en virtud de los poderes de El recibidos de mediación sacerdotal, profética y regal, que la configuran como sociedad sacerdotal orgánicamente estructurada por dones jerárquicos y carismáticos (gracias de mediación), que capacitan a sus miembros para cooperar con el Esposo en la transmisión de vida sobrenatural (gracias de santificación) -con una cooperación orgánica-, en orden a la génesis y formación del nuevo Pueblo de Dios, contribuyendo así a la dilatación del Reino de Dios, cada uno según su propia vocación particular³⁵.

la Iglesia, que nace "quasi in occulto" del costado abierto de Cristo -cuando la adquiere como esposa con el don de su vida por la que, movido por el Espíritu Eterno (Heb 9, 14) le obtiene el don del Espíritu-, y se manifiesta públicamente en Pentecostés, es el misterio de la cooperación de los hombres con el don del Espíritu que se derrama en los corazones como fruto de la Cruz. Él enriquece a la Iglesia con dones jerárquicos y carismáticos (LG, 4ª) -gracias de mediación de oferta salvífica a la libertad (movimiento descendente)- para que los hombres cooperen libremente a la obra de la salvación, a la comunión salvífica con Él que la caridad opera (movimiento ascendente de la retorno al Padre por la gracia que conduce a la gloria), en orden a la progresiva formación del Cristo total: "pleroma" del Verbo encarnado, que suele describirse -en especial desde Bossuet-, como "el Cristo derramado y comunicado"; una encarnación "in fieri", como una encarnación continuada que abarca el tiempo histórico de la Iglesia como sacramento universal de salvación hasta la formación del Cristo total.

En la fase peregrina de la Iglesia la santificación no alcanza todavía su pleno despliegue en la integridad de las dimensiones de la persona. San Pablo se refiere a ello con la expresión

³¹ Cf. H. Urs. Von BALTHASAR, *New Klasterlungen*, p.181 de la trad. it. (cit. por Juan Pablo II -tema recurrente en su Magisterio- en la "Mulieris dignitatem". nt.55). El nuevo CEC (n.773) se hace eco del tema resumiendo MD 27, cuya doctrina se recoge en el texto.

³² De este tema trato más ampliamente en "La persona mística de la Iglesia", en *Scripta Theologica*, 27 (1993) 830 ss.

³³ Cfr. Nota 56.

³⁴ En mi estudio "La persona mística de la Iglesia" (*Scripta Theologica* 27 (1995) 789-858), expongo las razones por las que la Iglesia, en cuanto Esposa de Cristo (no considerada como el Cristo total, Cabeza y miembros) es uno de los analogados de la noción de "persona", en sentido propio y formal -como afirma con razón J. Maritain, si bien lo explica de modo diverso, en función de su metafísica de la persona, de la que disiento (cfr. mi *Metafísica de la relación y de la alteridad. (Persona y relación)*. Pamplona 1998), cuyo fundamento inmediato es la mediación maternal de María participada de la mediación de Cristo y a ella subordinada, con la que forma un único instrumento "unidual" de donación del Espíritu Santo, del que es Icono transparente.

³⁵ Cfr. J. MARITAIN, *L'Église, sa Personne et son personnel*, París 1970, H. MÜHLEN, *Una Mystica Persona*, Salamanca, 2ª ed, 1993. Sobre ambos autores, cfr. mi exposición crítica en "Las dos manos del Padre", en *Annales Theologici*, 1999, 3-70.

"primicias del Espíritu" (Rm 8, 23), "semillas" que el Espíritu Santo hace fructificar con la cooperación humana, que preparan y anticipan en la intimidad de los corazones la recapitulación final de todo en Cristo en un universo trasfigurado en el que Dios será todo en todos. (D)

El don salvífico del Espíritu que Cristo mereció en la Cruz, *-don del Esposo-* posibilita y postula el *don de la Esposa* con cuya activa cooperación, se realiza la obra de la salvación. *He aquí por qué parece preferible privilegiar la imagen de la Esposa -la Virgen y Madre de Sión de la tradición profética y sapiencial-*, que contribuye con su propia aportación a su propia autorrealización como pueblo de Dios Padre, *que coincide con la estirpe espiritual de la Mujer del Protoevangelio y el Apocalipsis*. La estirpe de la Mujer no es otra que el Pueblo de Dios Padre que tiene por cabeza a Cristo, vivificado por el Espíritu que brota de su costado abierto, que habita en el Cuerpo del Cristo total como en un templo, congregado por las "dos manos del Padre" hasta que se complete el número de los elegidos. *Esa imagen subraya el rasgo esencialmente constitutivo -verdadera razón formal del ser de la Iglesia-* en tanto que consumación del misterio de la alianza que es el Pueblo de Dios Padre como Pueblo sacerdotal, que debe cooperar con Cristo su Cabeza, por la fuerza del Espíritu, en la realización del designio salvífico del Padre. La autocomunicación de Dios por el Verbo en el Espíritu, *culmina en el misterio de la unión esponsal de Cristo con la Iglesia en la unidad de los dos en un sólo cuerpo*, en orden a la progresiva formación del Cristo total³⁶.

*Comienza entonces el despliegue de aquella plenitud de Cristo (Ef 1, 23), en la Iglesia del Verbo encarnado*³⁷, por obra del Espíritu que brota de su Humanidad glorificada como fruto de la Cruz: el *Cristo total que se va autorrealizando con su propia cooperación como esposa y corredentora*, a lo largo de toda la historia de la salvación. *Antes de Cristo venido actuaba ya aquella plenitud por anticipación* incoativa y prefiguración dispositiva de la misma como encarnación antes de la Encarnación. Después de Pentecostés -como encarnación continuada- *por derivación* a través de la instrumentalidad sacramental de la Iglesia que comienza a formarse en el cenáculo de Jerusalén, primicias y germen de la plenitud escatológica del Cristo total.

Veamos el doble movimiento en las misiones trinitarias en la vida de la Iglesia -ya constituida formalmente como tal, en su "*realitas complexa*" (LG 8^a)-, hasta su consumación escatológica.

Movimiento descendente. Las gracias de mediación como don del Esposo. (Dimensión petrina de la Iglesia).

Las dos manos del Padre no sólo hacen nacer la Iglesia, sino que la mantienen de continuo en su ser originario como institución visible, cuasi sacramento al servicio de la comunión invisible de Cristo en el Espíritu. La institución orgánicamente estructurada por los sacramentos, carismas y ministerios cuya raíz fontal es el misterio Eucarístico, que "hace la Iglesia", es constantemente recreada por aquella corriente vital Trinitaria de la doble misión, siempre conjunta e inseparable; ante todo en su movimiento descendente de oferta de la salvación a través de gracias de mediación sacerdotal, profética y regal. El Espíritu asocia sacramentalmente a Cristo a personas concretas por la Palabra y los sacramentos, otorgándoles dones jerárquicos y carismáticos (que aquí hemos llamado gracias de mediación) para que tenga parte cada una de

³⁶En el título del C.VIII de LG "*La Santísima Virgen María en el misterio de Cristo y de la Iglesia*" I. de la POTTERIE (*María en el misterio de la Alianza*, Madrid, trad. BAC. p.4) percibe un eco del célebre texto de los Efesios (S,32): "gran misterio es este, pero yo lo aplico a Cristo y a la Iglesia". "En este pasaje, el Apóstol alude al misterio fundamental de la Sagrada Escritura, el misterio de la Alianza entre Dios y su pueblo. En la Biblia, el símbolo constante de esta alianza, de este pacto, es la unión del hombre y la mujer en el matrimonio: Dios es el Esposo, e Israel (llamado con frecuencia la Hija de Sion) es la esposa; después Cristo sería el Esposo y la Iglesia la esposa (cf.2 Cor 11,2; Ef 5,32). Ahora bien, el Concilio nos invita también a situar a la Virgen María en este contexto del misterio <<esponsal>> de Cristo y de la Iglesia". Su virginidad consiste en el don total de su persona, que la introduce en una relación esponsal con Dios" (p.5) como "primera Iglesia" (Cf J. RATZINGER, H. Urs Von BALTHASAR, *Marie, première Eglise*. trad. Ed Paulinas, 1981), como la Mujer que representa todas las criaturas, al Israel de Dios, la humanidad prerescatada, que Dios ha desposado, para divinizarla en Él (Geneviève HONORÉ, *La femme et le mystère de l'Aliance*, París 1985) como hija de Sion en la que se cumple y culmina la historia de la salvación en el misterio de la Alianza, a cuya imagen está hecha la Iglesia, que brota de su materna mediación.

³⁷ J. M. CASCIARO, *Estudios sobre la Cristología de NT*, 192.

ellas en la obra de la salvación. En ellas toma cuerpo *la institución* (cambian las personas, pero ella permanece) como comunidad sacerdotal orgánicamente estructurada por *los caracteres sacramentales y los carismas que los modalizan y orientan al cumplimiento de la vocación particular de cada miembro* a lo largo de la historia, según la manera propia de participar en la misión salvífica de la Iglesia, para común utilidad; y siempre al servicio de *la comunión* salvífica con Dios y de los hombres entre sí que la caridad opera.

Las gracias de mediación –los dones jerárquicos y carismáticos (LG, 4 a)– por las que recibe de continuo el Pueblo de Dios, en su fase histórica, una estructura orgánica institucional como sacramento de salvación –pertenecen a la figura de este mundo que pasa. Son meros medios instrumentales, a manera de andamios (San Agustín)³⁸ –obviamente provisionales–, que se usan sólo mientras dura la construcción, al servicio de la edificación de la Iglesia –germen e instrumento del Reino de Dios–, según el “*ordo Charitatis*”. Están, pues, al servicio de la comunión salvífica con Dios, que la caridad opera por el libre “*fiat*” del hombre a la voluntad salvífica de Dios. Es decir, de las gracias de santificación, que se actúan por la libre cooperación del hombre con el don del Esposo –ofrecido a través de aquella mediación institucional de la Iglesia (sacramento de la doble misión descendente del Verbo y del Espíritu)–, que reclama y posibilita el libre don de la esposa, con el que contribuye así a la dilatación del Reino de Dios, cada uno según su vocación particular. *Tal es el “rostro mariano” de la Iglesia*, que refleja su más íntima esencia, a cuyo servicio ha provisto su divino Fundador la dimensión jerárquica-petrina.

Éste tiene como raíz de su eficacia salvífica -y culmen de toda actividad eclesial (cfr. SC9)- la participación en el Cuerpo eucarístico de Cristo, con la que se forma su Cuerpo místico (cfr. 1 Cor 10,7). Se une así el don del Esposo -nuevo Adán- con la necesaria cooperación del don de la Esposa -nueva Eva- para que “se realice la obra de la redención” en la génesis y formación de la estirpe espiritual de la Mujer, hasta que se complete el número de los elegidos³⁹.

La *institución* como *medio de salvación* (la comunidad sacerdotal *organice structa*) -que pertenece a la figura de este mundo que pasa-, y *la comunión salvífica* propia de la caridad, como *fruto de salvación*, no son, pues, magnitudes yuxtapuestas, sino inseparables y simultáneas como “*realitas complexa*” de estructura sacramental (Cfr. LG 8ª) en la fase histórica de la Iglesia peregrina como *sacramento universal de salvación hasta la plenitud escatológica del Reino consumado*⁴⁰.

³⁸ S. AGUSTÍN, *Sermo* 362, 7; PL, 37, 1904. También los compara a los vendajes que suprime el médico una vez alcanzada la curación. (Cfr. *In Psal.* 146, 8; PL, 37, 1904).

³⁹ Una eclesiología eucarística, tan justamente favorecida en la *ortodoxia*, descubre, en virtud de esa presencia sacramental del cuerpo entregado del Señor la presencia de su cuerpo místico todo entero, o Iglesia universal, que “inest et operatur” (CD 11a) en las Iglesias particulares en las que se celebra la Eucaristía por el ministerio ordenado, “in quibus et ex quibus” vive la Iglesia universal, a cuya imagen -reflejando su multiforme diversidad de carismas- debe realizarse cada Iglesia particular (LG 23). *La eclesialidad no le hace al hombre. Sólo la recibe de ahí donde se encuentra*, de la comunidad sacramental del Cuerpo de Cristo que atraviesa la historia. Sólo en la unidad existe el uno, es decir, *en la comunión con los otros que también son cuerpo del Señor*. De ahí la necesidad de la comunión jerárquica con las otras comunidades (iglesias particulares) que celebran la Eucaristía, para que sea ésta legítima, pues todas deben hacerse de nuevo su Cuerpo participando en el Pan de vida (Cf. 1Cor 10,17). *Por eso la comunión jerárquica es la que hace legítima la comunión que celebra la Eucaristía; no es un añadido exterior a la Eclesiología eucarística, sino su condición interna*. Cfr. Communionis notio “Institución de la Congregación para la doctrina de la fe” de 1994. *No es otra la razón formal del “munus petrinum”;* asegurar esa unidad de fe y de comunión garantizando así la legitimidad del culto eucarístico, fuente y culmen de la actividad salvífica de la Iglesia (SC10). El primado de jurisdicción de Pedro asegura la unidad en la fe y en la comunión jerárquica de la Comunidad Sacerdotal orgánicamente estructurada con vistas a recibir la salvación como el don de Dios; la entrega redentora del Señor actualizada sacramentalmente en el misterio eucarístico. Cf. J. RATZINGER, *Iglesia, ecumenismo y política*, cit, p.12 ss. P. RODRÍGUEZ, *Iglesia y ecumenismo*, ibid. *Iglesias particulares y prelaturas personales*, Madrid 1984.

⁴⁰En Occidente se ha dado en los últimos siglos una tendencia -que va remitiendo, afortunadamente- a describir la Iglesia en términos cristológicos, o a considerarla como constituida completamente por Cristo mientras que el Espíritu parece sobrevenir una vez establecidas las estructuras, para darles a éstas impulso y vida. Una tal óptica haría creer que el Espíritu pertenece a un segundo momento de la constitución de la Iglesia. No es suficiente asignar al Espíritu una función subsiguiente de animador y unificador de una “previa” estructura institucional de origen unilateralmente cristológico. Hay una presencia, siempre conjunta e inseparable, de Cristo y su Espíritu que excluye cualquier dualismo entre jerarquía y carisma en el seno de la Iglesia, porque el Espíritu que la anima derramando libremente sus carismas no institucionales en cualquier fiel (los que Rahner llama “carismas libres”) -sea simple fiel o

Movimiento ascendente. El crecimiento del Reino de Dios por las gracias de santificación en la “communio sanctorum”. Dimensión mariana de la Iglesia.

Las gracias de mediación que estructuran orgánicamente la Iglesia-Institución como sacramento de salvación, están, -decíamos- al servicio de la comunión salvífica con Dios, que la caridad opera por el libre “fiat” del hombre a la voluntad salvífica de Dios. Es decir, de las gracias de santificación, que se actúan por la libre cooperación del hombre con el don del Esposo -ofrecido a través de aquella mediación (sacramento de la doble misión descendente del Verbo y del Espíritu)-, que reclama y posibilita el don de la esposa -en la unidad de dos en uno del misterio eucarístico, consumación (“in via”) de la alianza-, contribuyendo así a la dilatación del Reino de Dios -el Reino de la voluntad salvífica de la Trinidad-, cada uno según su vocación particular.

La comunión salvífica con Dios es fruto de la doble misión invisible -ascendente- del Verbo y del Espíritu en los corazones que libremente aceptan el don de Dios por la que retorna el hombre al Padre.

“En el ámbito del “gran misterio” de la Iglesia, todos están llamados a responder -como una esposa, según el paradigma de María “primera de la Iglesia”- con el don de sí al don inefable del amor de Cristo Redentor, único Esposo de la Iglesia, contribuyendo activamente a la obra de la salvación de sus hermanos los hombres por la comunión de los santos. *Así se expresa el sacerdocio real, que es universal, que concierne, obviamente, también a los que reciben el sacerdocio ministerial*” (MD, 27) (o cualquiera de los otros dones carismáticos o sacramentales, que no son sino concreciones particulares de la vocación genérica cultural -santificadora- que radica en los caracteres de los tres sacramentos de consagración permanente e indeleble).

En la actuación de aquel sacerdocio común a todos los “*Christi fideles*”, se va edificando, por el recto ejercicio de las gracias de mediación -que pertenecen a la figura de este mundo que pasa-, el “*ordo charitatis*” de la comunión salvífica con Dios. “*Caritas numquam excidit*” (1 Cor 13, 8). En la Iglesia celestial escatológica no habrá otra jerarquía que la del amor en la plena comunión del Cristo total *in unitate Patris, Filii et Spiritus Sancti plebs adunata*” en un universo transfigurado, la “recapitulación” escatológica de todo en Cristo, del Reino consumado.

Por eso, la dimensión mariana de la Iglesia antecede a la petrina (CEC,773), aunque esté estrechamente unida a ella y le sea contemporánea. Y ello no sólo porque María, “la Inmaculada” precede en el camino de la fe -de la fiel respuesta al don de Dios- a cualquier otro miembro de la Iglesia, incluyendo a Pedro y los Apóstoles (que siendo pecadores, forman parte de la Iglesia “*sancta ex peccatoribus*”), sino también porque el “triple munus” del ministerio jerárquico no tiene otro cometido que “formar a la Iglesia en ese ideal de santidad en que ya está formado y configurado en María”⁴¹.

perteneciendo quizás a la jerarquía-, es el mismo Espíritu “de Cristo”, que ha recibido el poder de comunicarlo al ministerio pastoral de los apóstoles, como precio de su sufrimiento redentor.

Pueblo de Dios no debe entenderse -toda insistencia es poca en este punto capital- como algunos han hecho, en clave política; pues, expresa -como, acabamos de ver- *el misterio de la Iglesia en su integridad. No es una categoría sociológica que se opone al gobierno*. Significa todos los bautizados, Papa y obispos incluidos, que comprende la totalidad de los *Christi fideles* que tienen por cabeza a Cristo y la *común dignidad* de hijos de Dios en los que habita el Espíritu santo como en un templo (LG 9b). Las distinciones que se dan en su seno son de orden funcional (unidad de misión y diversidad de ministerios o funciones (AA 2, 2)). En el itinerario del Pueblo de Dios *los pastores tienen una función propia*, un servicio específico que prestar que concierne a la unidad visible de la Iglesia en la fe y en la comunión, por el que preserva la continuidad de la identidad del cristiano en el tiempo y su armonía en el espacio, evitando así la caída en el iluminismo y en el individualismo. Por eso deben estar especialmente atentos en el Espíritu a los “signos de los tiempos” y a los testimonios proféticos que se manifiestan, *para discernir lo auténtico -sin ahogar el Espíritu- e integrarlo en el conjunto de la Iglesia para la progresiva construcción del reino de Dios*.

El Espíritu Santo es el que anima a los pastores en sus decisiones para que sean conformes al Evangelio, inspirándoles -si no se cierran a sus luces y mociones- a acoger todas las manifestaciones del Espíritu. “Es el que impide constantemente a la Iglesia considerarse como un fin en sí misma y quien la mantiene en referencia final al Reino que viene y a su único Señor Jesucristo”. Cfr. L. SUENENS, *Une nouvelle Pentecote?*, París 1973, 20. K. RAHNER, *Lo dinámico en la Iglesia*, Barcelona 1968. Una excelente exposición de conjunto actualizada con la mejor bibliografía sobre el tema, ofrece la ponencia de R. PELLITERO, *El Espíritu Santo y la misión de los cristianos, los carismas: unidad y diversidad*, en el simposio sobre “el Espíritu Santo y la Iglesia” de 1998 (Cfr. Actas).

⁴¹ *La mediación de María incluye la más alta participación del sacerdocio de Cristo, superior (no sólo de grado, sino en esencia, por ser de orden hipostático), al común y al ministerial*. Según el Magisterio, en efecto, María es coferente del sacrificio de Cristo y de su propia compasión; todo lo cual se hace presente en la Misa, que hace sacramentalmente

De ahí la importancia decisiva de la libre cooperación de los miembros del cuerpo de Cristo que es la Iglesia, para que –avanzando de claridad en claridad– crezcan en caridad, en una progresiva identificación con Cristo, “transformados en su misma imagen, conforme obra en nosotros el Espíritu del Señor” (2 Cor 3, 18), contribuyendo así a la dilatación del Reino de Dios, y a la santificación de los demás (en una proyección universal que trasciende el tiempo y el espacio)⁴². Es el ideal paulino de madurez cristiana propia del estado de varón perfecto en *un camino de ascensión espiritual en el que siempre cabe progreso* (cfr. Fil 3, 13), mediante la docilidad a las operaciones e inspiraciones del Espíritu, que plasma en nuestros corazones la caridad. Es ella la que nos hace cristiformes, haciéndonos partícipes más y más de la plenitud desbordante de Cristo por la fe viva: hijos en el Hijo, hasta alcanzar la unidad plena y consumada de la comunión con Dios en Cristo que será propia de la Iglesia al fin de la historia, cuando sea Dios todo en todos (1 Cor 15, 30) en el Reino consumado escatológico. Será una unidad con Dios en Cristo que, conservando la insuprimible distinción entre criatura y Creador, y aquella entre la diversas criaturas –lejos de todo monismo panteísta– tiene como paradigma – en el caso de la persona humana– la unidad misma de la Trinidad divina.

LA DOBLE MISIÓN DEL VERBO Y DEL ESPÍRITU EN LA ESCATOLÓGICA RECAPITULACIÓN DE TODO EN CRISTO.

En la plena recapitulación escatológica de todo en Cristo (Ef. 1, 23) se cumple la plenitud de la filiación divina en Cristo –ya sin movimientos (salvíficos, se entiende)– en el Reino consumado de la Jerusalén celestial. Justamente ha señalado H. de Lubac, que *el alma separada, ya glorificada en el gozo de la visión beatífica, sólo llegará a la perfecta posesión de Dios* cuando supere una doble separación: la separación de su propio cuerpo por la propia resurrección corporal, y la separación (el “todavía no”) respecto a la plenitud del Cuerpo místico de Cristo, plenamente vivificado por el Espíritu –que llevará a su pleno despliegue y fructificación las primicias de la vida eterna propia de la inhabitación de la Trinidad en la oscuridad de la fe–; superación que sólo se dará cuando se complete el número de los hermanos. Ambos aspectos son coincidentes, ya que nuestra resurrección no será un fenómeno aislado, sino que tendrá lugar en la parusía, *cuando el número completo de los hermanos será corporalmente glorificado, en un universo transfigurado y “Dios sea todo en todos”* (1 Cor 15, 30).⁴³ Los bienaventurados esperan, pues, la consumación del reino de Dios en la recapitulación de todas las cosas del cielo y de la tierra en Cristo (Ef 1, 10) según la conocida doctrina paulina⁴⁴. Según S. Agustín, se daría entonces también un aumento intensivo de la visión beatífica⁴⁵ por una nueva comunicación del Espíritu que llevaría así a su plenitud la filiación divina en Cristo, que redundaría en la redención del cuerpo (a), en un universo transfigurado (nuevos cielos y nueva tierra) en una última intervención del Espíritu enviado por el Padre –una vez consumada la obra de la redención con la cooperación corredentora de la Iglesia peregrina– en la recapitulación de todo en Cristo (b), cuando se cumpla al fin el número de los elegidos. Veámoslo.

presente el sacrificio del Calvario, que incluye la cooperación corredentora de la nueva Eva asociada al nuevo Adán en la restauración de la vida sobrenatural que vivifica la Iglesia, nacida del Costado abierto y de la espada de dolor de la Mujer cuya imagen refleja. De su mediación materna derivan –subordinadamente a Cristo Mediador– todas las dimensiones de la Iglesia, incluidos los dones jerárquicos y carismáticos. Como dice Pablo VI, al proclamarla Madre de la Iglesia, es Madre de los pastores en cuanto Pastores (no sólo en cuanto fieles).

⁴² Cfr. sobre este tema de la comunión de los santos, J. FERRER ARELLANO, *La persona mística de la Iglesia*, cit 844.

⁴³ 1 Cor 15,28. Santo TOMÁS no es ajeno a esta perspectiva. Pese a su acentuación de la escatología individual, escribe en C. Gentes (IV, c.50) que “*el fin de la criatura racional es llegar a la bienaventuranza, la cual no puede consistir sino en el reino de Dios, que no es a su vez otra cosa que la sociedad ordenada de los que gozan de la visión divina*”, en un universo transfigurado que sigue, por redundancia, a la resurrección gloriosa de toda carne (en los elegidos). Cf. S. Th. III,8,3,2.: “*Esse Ecclesiam gloriosam, non habentem maculam neque rugam, est ultimus finis ad quem perducimur per passionem Christi*”. Cfr. H. DE LUBAC, *Catolicismo. Los aspectos sociales del dogma*, Madrid 1988 (Encuentro) C. IV, 81 ss

⁴⁴ Cfr. H. De LUBAC, o.c. p. 101.

⁴⁵ Cfr. C. POZO, *Teología del más allá*, cit.

a) “La divinización redundante en todo el hombre como un anticipo de resurrección gloriosa”, –escribe el Beato J. Escrivá (*Es Cristo que pasa*, Madrid 1973, n. 103)– que se da ya incoativamente, como primicia de todo cristiano en gracia. La deificación de la carne en el estadio escatológico será –“corpore et anima unus”– pues, una espiritualización del cuerpo que tiene ya ahora una realización incoativa –“*las primicias del Espíritu*”– que nos hace gemir en nuestro interior, anhelando el rescate de nuestro cuerpo (cfr. Rm 8, 20 ss), para alcanzar así la plenitud de la filiación divina en Jesucristo⁴⁶ con una nueva intensidad, que San Pablo llama la redención del cuerpo: su transformación a semejanza del cuerpo glorioso de Cristo en virtud del poder que tiene de someter a sí todas las cosas (Fil 3, 21) por la fuerza del Espíritu: “se siembra un cuerpo animal y resucita un cuerpo espiritual”, propias del cuerpo humano “totalmente sujeto al alma” (1 Cor 15, 27 y 42).

Una plenitud de redundancia de este tipo no parece otra cosa que la total santificación o deificación de la carne en su misma materialidad, todavía más difícil de entender para nosotros que la deificación del espíritu, pero no imposible. *La deificación de la carne* es, en efecto, el estado escatológico definitivo de la materia humana, que ya se ha realizado en Cristo y en su Madre en la Gloria. Esta espiritualización del cuerpo no se refiere, pues, sólo a la inmortalidad y a las otras propiedades que la acompañan (tradicionalmente llamadas dotes de los cuerpos gloriosos). El cuerpo glorioso es llamado espiritual sobre todo porque está viviendo por el Espíritu Santo (como escribe San Pablo en Rom 8, 11). *No se trata de una mera espiritualización sino, de una “deificación” de la materia*. Pero, si la deificación es la participación de la persona entera –el cuerpo también por redundancia connatural del alma– en la vida íntima de la Santísima Trinidad –en las eternas procesiones del Verbo y del Espíritu Santo– debe concluirse que *el cuerpo, substancialmente unido al alma deificada, participa en sí mismo en esa vida de Conocimiento y Amor intratrinitarios*. Hay, pues, una participación del cuerpo humano también en su materialidad –conformado al cuerpo glorioso de Cristo– en las procesiones eternas de Conocimiento y de Amor intratrinitarios⁴⁷.

b) *Esta glorificación escatológica de la materia alcanzará también según la Revelación a toda la creación visible* –que está íntimamente unida al hombre, y que por él alcanza su fin (LG 51)–, que “espera ansiosa la manifestación de los hijos de Dios (...), con la esperanza de que también será liberada de la corrupción para participar de la libertad y gloria de los hijos de Dios (Rm 8, 18-21), en unos cielos nuevos y una tierra nueva” (Ap 21, 1). Se cumplirá así el designio divino de “recapitular todas las cosas en Cristo” (Ef 1, 10). La Iglesia en su estado escatológico será “la plenitud (Pléroma) de aquél (Cristo) que se realiza plenamente en todas las cosas. (Ef 1, 23), porque Cristo glorioso llenará (híma plerósei) todas las cosas” (cfr Ef 4, 10), y estas participarán “en Él de su plenitud” (*en autó pepleroménoi*) (Col 2, 10). En los santos la realidad de la gloria escatológica *será el cumplimiento final, en el espíritu y en la carne, del ser en Cristo específico de la vida sobrenatural en la plena comunión de la fraternidad de los hijos de Dios en Cristo* por el Espíritu cuando, completado el número de los elegidos, Dios sea todo en todos (1 Cor 15, 30) *en un universo transfigurado* (Rom. 8, 21; Ap 21 y 22).⁴⁸

Puede, pues concluirse con el Card. Ratzinger⁴⁹ que “*la salvación del individuo es total y plena sólo cuando se haya alcanzado la salvación del universo y de todos los elegidos, que en el cielo no se encuentran sencillamente al lado los unos de los otros, sino que los unos con los otros –en íntima comunión (fusión sin confusión)– son el cielo, el Cristo único: la plenitud del cuerpo del Señor, que habrá llegado entonces al pleroma de “todo el Cristo” en el don del*

⁴⁶Sobre la espiritualización y deificación del cuerpo en el estado escatológico, cfr. JUAN PABLO II, Discurso del 9–XII–1981, en “*Insegnamenti di Juan Pablo II*” IV–2 (1981), 880–883. Cfr. también F. OCARIZ, *La Resurrección de Jesucristo*, en Cristo, Hijo de Dios y Redentor del hombre” (Actas del III Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra), Pamplona 1982., 756–761.

⁴⁷ Cfr. F. OCARIZ, *Hijos de Dios por el Espíritu*, cit 502. Estarán transfigurados (la figura de este mundo que pasa), lo cual implica que permanecerá su sustancia tras los cataclismos escatológicos que acompañarán –según la Escritura– la última efusión del Espíritu que *todo lo purifica y recrea* renovando la faz de la tierra. (Cfr. 2 Pe 3, 16, donde habla de renovación del universo en el *día del Señor –tan anunciado por los profetas de V. T.– “en el que pasarán con estrépito los cielos”*: *nuevos cielos y nueva tierra*).

⁴⁸ Cfr. F. OCARIZ, *La mediación materna*, cit. in fine.

⁴⁹ Cfr. J. RATZINGER, *Escatología*, p. 282.

Espíritu Santificador, haciéndole alcanzar su real totalidad cósmica. Entonces toda la creación será “cántico”, gesto divino generoso de la liberación del ser adentrándose en el todo, y al mismo tiempo, penetración del todo individual, alegría, en la que toda pregunta se resuelve y alcanza la plenitud”. *Sólo entonces alcanzará su plenitud la filiación divina en Cristo* que ahora poseemos como primicia del Espíritu en la esperanza de la redención de nuestro cuerpo en el universo renovado (Cfr. Rom 8, 18–24) de la recapitulación de todo en Cristo (Ef 1, 10).

CONCLUSIÓN

Dios siempre tiene la iniciativa. Él es siempre "el que ama primero" (1 Jn 4,19), derramando gratuitamente su libre don. Pero, el *don* salvífico del Padre, en la *doble misión del Verbo y del Espíritu -las dos manos del Padre*, que reúnen a sus hijos dispersos por el pecado de los orígenes-, sólo fructifica en la *tarea* de cooperación creatural. A ella hace referencia la categoría clave de la Escritura, que no es otra que la *alianza salvífica* -anunciada ya en el Protoevangelio (Gn 3, 15)- en su progresiva realización histórica, *la plenitud del reino consumado, cuando se haya completado el número de los elegidos*, que vio S. Juan en Patmos en la imagen de la nueva Jerusalén -nuestra Madre (Gal.4,26)- que desciende del cielo como Esposa engalanada para su Esposo (Ap 21,2): "tabernáculo de Dios entre los hombres" (Ap 21,3) en el pleno cumplimiento escatológico de la nueva y eterna alianza.

La Iglesia, en tanto que Esposa de Cristo (que refleja -como una “mystica persona”- los rasgos de María, Virgen y Madre -nueva Eva-, su arquetipo trascendente), coopera *con Él, en interna* y recíproca comunión vital con su Esposo y Cabeza, en la progresiva formación del Cristo total.

No otra es la razón formal del misterio de la Iglesia peregrina como instrumento universal de salvación: la necesidad de cooperar con la gracia (con el *don del Esposo*), mediante la libre aportación del *don de la Esposa* (a imitación del "Fiat" de María), para que se realice la obra de la Redención, reuniendo a los hijos de Dios dispersos por el pecado del *primer Adán* bajo la capitalidad del *nuevo Adán*. “*Omnes censemur in Adam donec recenseamur in Christo*” (Tertuliano, *De anima*, 6), que recapitula todo como cabeza de la nueva Creación.

*"Partus Mariae, Christus; fructus Ecclesia"*⁵⁰ el Cristo total; la estirpe espiritual de la Mujer del alfa y del omega, del Génesis y del Apocalipsis; que incluye -en la recapitulación final- a todos los elegidos, desde el justo Abel⁵¹; *el fruto de la libre cooperación del hombre, con el don salvífico de Dios*, que deriva de la plenitud desbordante de la gracia capital de Cristo

⁵⁰ La tradición medieval se complace llamar a María “*Consummatio synanogae*”. Sto. Tomás la llama “*mater et figura synanogae*” (de Israel). Todo Israel se recoge y condensa en su persona (la “Hija de Sión” mesiánica). Comienza con ella el tiempo mesiánico; el tiempo de la Iglesia hasta la consumación final de la historia de la salvación. La maternidad de María se extiende, pues, de Abel al último de los elegidos. Cfr. I. de la POTTERIE, *María en el misterio de la alianza*, cit. 24 ss.

⁵¹ *Se supera así todo “pancratismo” justamente denunciado por la “Mystici Corporis”*: la relación sponsal solo es concebible en la *alteridad ontológica de dos en uno*, en la íntima comunión de la alianza conyugal celebrada en la Pascua del Señor, y consumada “*in via*” en el misterio Eucarístico “que hace la Iglesia” hasta la plenitud del Reino consumado en las bodas escatológicas del Cordero. Cfr. 1 Cor. 10, 17; SC 9).

En otros estudios teológicos, como *La persona mística de la Iglesia esposa del nuevo Adán*, en “*Scripta theologica*”, 1995 (27) 789-860, he procurado mostrar que *la Iglesia Esposa de Cristo subsiste como Persona*, en sentido propio, no meramente metafórico -muy distinto del propuesto por H. MÜHLEN, “Una Persona -la del Espíritu- en muchas personas, Cristo y nosotros, sus fieles”, que es puramente metafórico), en *la Iglesia fundada sobre la firme roca de Pedro, en virtud de la materna mediación de María*, “la Madre de los vivientes” (nueva Eva), como *sacramento y arca de salvación* -la “Catholica”- *que atrae por obra del Espíritu a su seno materno a todos los hombres de buena voluntad, formándose progresivamente así la estirpe espiritual de la Mujer* -profetizada en el Protoevangelio y tipificada por toda una corriente mesiánica femenina en el trasfondo bíblico de la Hija de Sión- que no es otra que “el Pueblo mesiánico que tiene por cabeza a Cristo y la común dignidad de hijos de Dios en los cuales habita el Espíritu Santo como en un templo” (cf. LG,9b).

Sobre la noción de persona -subsistente y relacional- en la que me apoyo-muy diversa de la de J. MARITAIN, que defiende también , Cfr. *L'Eglise personne et son personnel*, París 1970, la personalidad en sentido propio de la Esposa de Cristo) cfr. J. FERRER ARELLANO *Metafísica de la relación y de la alteridad*, y en *Fundamento ontológico de la persona*, en “Anuario Filosófico”, 1994, 990 ss.

constituido en la Cruz Cabeza de la nueva humanidad (nuevo Adán). La Iglesia “*pleroma Christi*” será, en su consumación final, el Reino escatológico de la Jerusalén celestial (Ap 21,2) “*ubi pax erit, unitas plena atque perfecta*”⁵², en la comunión perfecta en Jesucristo Cabeza de los elegidos (desde el justo Abel), con Dios Padre por la fuerza del Espíritu -el Cristo total-, en un universo transfigurado.

En la permanente relación maternofamiliar con María -al influjo ejemplar e instrumental de su fe, raíz de su mediación materna en “sinergia” con el Espíritu Santo, se funda esa misteriosa “comunión-participación” de la Iglesia esposa de Cristo en la plenitud de Cristo -su Esposo y Cabeza- por obra del Espíritu que conduce al Padre⁵³, y es, por ello, el fundamento inmediato de la misteriosa personalidad de la Iglesia esposa de Cristo por la que es constituida como un todo universal *subsistente y autónomo* -“una mística persona”-, *en cuya virtud refleja los rasgos de Cristo su Esposo y Cabeza en su más perfecta réplica de santidad* -*María “Speculum iustitiae”*- según los rasgos propios del misterio de la mujer. Ella es “*socia et adiutrix*” del varón, en reciprocidad ontológica y operativa, según la común dignidad y diversidad complementaria de ambos en el designio creador de Dios; pues creó al hombre a imagen de su misterio de Comunión trinitaria como varón y mujer.⁵⁴

María es el molde maternal en el cual nos modela el Espíritu Santo según el modelo -conforme a su imagen- de Jesucristo, el primogénito entre muchos hermanos (Rom 8, 28), haciéndonos partícipes de la plenitud de Mediación y de Gracia capitales, en, con, y a través de la mediación y gracia maternales de María, Mediadora maternal en el Unus Mediator.

Se trata de una *participación trascendental*, significada por la palabra griega *Koinonía*⁵⁵: comunión por participación; participación en cuanto comunión espiritual de personas en algo o alguien que permanece único e indiviso. Esta participación metafísica, a diferencia de la cuantitativa y predicamental, no disminuye ni añade, sino que pone de relieve la plenitud desbordante de perfección del ejemplar imparticipado, y muestra su necesidad (cfr. LG 52). El ser finito creado nada añade al Ser Originario⁵⁶. No hay *plus entis*, sino *plura entia*, que de Él participan.

La Asunción de María al cielo, por tanto, no fue otra cosa que el efecto pleno de su espiritualización de su plenitud de gracia en su momento terminal, que es la causa de su dormición y ascensión al cielo, de aquella íntima comunión gloriosa con Cristo glorificado en el ser y en el obrar, que constituye su plena consumación. *Esta plenitud de “comunión -participación” escatológica en la capitalidad de Cristo, exclusiva de la “llena de gracia”, es la raíz de la distinción entre la mediación materna y la mediación de los Santos en la gloria, y la de los justos en la Iglesia terrestre (no la universalidad, que es, en su sentido extensivo, por la comunión de los santos común a todas las formas de mediación participada). En su virtud, María forma con Cristo un sólo instrumento “dual” de la donación del Espíritu Santo a la Iglesia. Ocáriz juzga, con razón, demasiado débiles y metafóricas, expresiones tales como “cuello” o “acueducto” para referirse a la distribución de gracias de María mediadora.*

⁵² S. AGUSTÍN, *Tract 26 in Ioann*, sub fine.

⁵³ Todo tiene su origen en el Padre tanto en el seno de la Trinidad immanente -origen del misterio de comunión de la Familia trinitaria- como en su salvífica dispensación en la historia.

⁵⁴ Cfr. JUAN PABLO II, *Carta a las familias*. n.6.

⁵⁵ Cfr. S. MUÑOZ IGLESIAS, *Concepto bíblico de koinonía*, en “XIII Semana Bíblica española (1952)” C.C. I. C., Madrid 1953, 223

⁵⁶ Cf. F. OCÁRIZ, (“*La Mediazione materna*”. Romana, 1987, II p. 317), escribe: “No parece infundado atribuir un significado más profundo al de una simple “apropiación” a expresiones tradicionales como la de San Andrés de Creta, según el cual María es “La Madre de la cual proviene sobre todos el Espíritu”. Y es justamente la noción de participación -“Koinonía” la que permite afirmar la participación de María en la mediación capital de Cristo como mediadora maternal en el Mediador, sin que ello suponga una duplicidad de fuentes o de cabezas”. Aunque la santificación es ‘acción’ divina “ad extra”, y por ello común a las tres Personas, tiene como ‘término’ la introducción de la criatura en la vida trinitaria, pues la gracia es inseparable de las misiones invisibles del Hijo y del Espíritu Santo. Con J. M Scheeben cree que la misión de una Persona divina consiste en el hecho de que la criatura participe en ella, por una unión y semejanza participada “propia” -no meramente apropiada- a cada Persona: así la unión al Espíritu Santo plasma la semejanza al Hijo, en el cual y por el cual somos hijos del Padre, en María y con María.

Por esta razón -como dice Juan Pablo II- "María está como envuelta por toda la realidad de la comunión de los Santos, su misma unión con su Hijo en la gloria está dirigida toda ella hacia la plenitud definitiva del Reino, cuando Dios sea todo en todas las cosas" (RM 41c). Es decir, *que la unión de María con Cristo consumada en la gloria, es la raíz más profunda de la presencia de ejemplaridad y de influjo maternal santificador del Espíritu Santo, en y a través de María unida a Cristo Mediador de modo indisoluble, que ejerce su maternidad en y a través de la Iglesia -de su mediación en Cristo (cfr. RM, 8a)-, y del carácter derivado de la maternidad de la Iglesia respecto a la mediación materna de María.*

"Los hombres reciben la gracia de Dios a través de Cristo y de María porque, en un sentido mucho más real y profundo -y, por eso, mucho más misterioso- que el de la palabra de Lucas referidas a los primeros cristianos (cfr. Act 4, 32), María es *cor unum et anima una* con Cristo. Por esto, como decía San Josemaría E., <<el cristiano encuentra en María "todo el amor de Cristo" y, en Cristo, se ve metido en esa vida inefable de Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo>>⁵⁷, de la que nos hace partícipe el Espíritu Santo en el seno de María, que ejerce su maternidad en y a través de la Iglesia que nace del Costado abierto del nuevo Adán y de la espada de dolor de la Mujer, la nueva Eva. De su mediación salvífica unidual (capital y maternal de Cristo y de María) brota el agua viva del Espíritu, *de los Corazones unidos de Jesús y de María (S. Juan Eudes).*

- Cristo y María -"cor unum et anima una"- son como un único principio unidual, capital-maternal -Cabeza y Corazón-⁵⁸, de influjo salvífico en el origen y desarrollo de la Iglesia hasta su consumación escatológica.

El P. Felhner califica a Cristo y a María, en este mismo sentido, como personas públicas únicas, que actúan directamente en todos los instantes de la historia humana con un influjo de ejemplaridad eficiente (moral personal en la escuela franciscana) como hicieron el primer hombre y la primera mujer corrompidos por Satanás hasta el punto de ponerle a él en el puesto de Dios.

Toda la historia gira en torno al conflicto entre Cristo y su cuerpo, la Iglesia de una parte, y el anti-Cristo o demonio y su anti-cuerpo bajo la capitalidad de nuestros primeros padres decaídos, Adán y Eva, de la otra parte⁵⁹, profetizados en el Protoevangelio.

El sufrimiento corredentor en reparación al Inmaculado Corazón de María de los que se han consagrado a él, según S. Maximiliano Kolbe es una extensión en la Iglesia de la "compasión" de la Inmaculada Corredentora, en virtud de un proceso que califica de "transubstanciación en la Inmaculada", que hace de los consagrados a Ella instrumentos que participan de una semejante eficacia meritoria.⁶⁰ Por ella María nos ofrece con Cristo y se ofrece a Sí misma presente en nosotros a Cristo.

El Espíritu Santo, en la Inmaculada y a través de la Inmaculada,⁶¹ plasma en cada uno de nosotros, en el seno materno de la Iglesia, la semejanza del Verbo encarnado, comunicándonos la filiación al Padre participada de la del Unigénito del Padre y primogénito de la Mujer -la vida de la gracia- y haciéndonos también partícipes de su mediación, según la

⁵⁷Cfr. F. H. OCÁRIZ, *ibid.*

⁵⁸ Carlos del MORAL, teólogo escotista del siglo XVIII hablaba de co-capitalidad (como el patriarcado y matriarcado originarios de la estirpe humana). Se puede admitir si se entiende en subordinación esencial de María a Cristo, en cuanto Ella participa en el Espíritu de su plenitud desbordante. Cf. FEHLNER, *Il cammino*, cit. P. 54.

⁵⁹ Sobre la estrecha conexión de minimalismo mariológico -más o menos condicionado por la perspectiva protestante de "solus Christus"- con el inmanentismo filosófico y la filosofía hegeliana de la historia. Cf. FEHLNER, *Il cammino*, cit. p. 45. Muestra el A. también como la negación del estatuto ontológico de la feminidad, que llega a negar la misma maternidad, la virginidad y la sponsalidad propia de la mujer, conduce a renegar de María -que es por esencia Virgen, Madre y Esposa- como modelo -arquetipo trascendente- de la condición femenina (y viceversa).

⁶⁰ Tal es el sentido de la noche oscura que padeció Sta. Teresa del Niño Jesús al final de su vida en reparación de los pecados de infidelidad, tan difundidos en estos siglos de creciente apostasía silenciosa (como la llama Juan Pablo II en la carta "Ecclesia in Europa". Cf. A. M. GEIGER, *Marian Mediation as Presence and Transubstantiation into the Immaculate*, in MFC III (New Bedford 2003) 127-171.

⁶¹ El Pseudoagustín llama a María "forma Dei", molde viviente del Unigénito de Dios, primogénito entre muchos hermanos, donde se "formó" la Cabeza del resto de la descendencia espiritual de la Mujer. San Luis María GRIGNON DE MONFORT completa esa idea luminosa atribuida durante siglos al santo Doctor -en perfecta congruencia, por lo demás, con su eclesiología- en su conocida obra *El secreto de María* (Obras BAC. p.288) escribiendo: "cualquiera que se mete en este molde y se deja manejar, recibe allí todos los rasgos de Jesucristo". Alude en lenguaje popular y muy sugerente al misterio de la mediación materna de María.

imagen de la Mujer, en su misterio de materna mediación, para cooperar también -con “alma sacerdotal” mediante el don de la Esposa- en la obra de la salvación de nuestros hermanos -en una reciprocidad de servicios “organice structa” de dones jerárquicos y carismáticos (LG, 4) en la comunidad sacerdotal que es la Iglesia institución- y de la consiguiente renovación del mundo, expectante también, en los dolores de parto, de la plena manifestación de los hijos de Dios que le librarán de la servidumbre de la corrupción, para participar, en un universo renovado, en la libertad y gloria de los hijos de Dios (Cf. Rom 8,20-21).

En su virtud, la colectividad de la Estirpe espiritual de la Mujer (Gn 3,15) -el Pueblo de Dios- refleja, en un todo uno y armónico, ontológicamente autónomo -radiante de belleza- el misterio de la nueva Eva -la *Inmaculata Mediatrix* kolbiana-, cuya imagen trascendente de santidad inmaculada -filiación divina por la gracia- y de fecunda virginidad -mediación sacramental y carismática⁶²- va progresivamente recibiendo como Esposa de Cristo, que coopera con el Esposo en la restauración sobrenatural de la humanidad caída, que instaure progresivamente en la historia salvífica el Reino de Dios, con vistas al Reino consumado de sus bodas escatológicas con el Cordero.

La Iglesia es, en su consumación escatológica, el Cristo total, la estirpe espiritual de la Mujer, la Inmaculada, que incluye -en la recapitulación final- a todos los elegidos desde el justo Abel, en comunión perfecta con Cristo Cabeza en un universo transfigurado por la fuerza del Espíritu y -en Él y con Él y por Él- con Dios Padre, de quien todo procede y a quien todo torna en el Espíritu en el misterio de la maternidad de María y de la Iglesia, que -de ella derivada- refleja la paternidad maternal del Padre.⁶³ “Nadie tiene a Dios por Padre si no tiene a María, a la Iglesia (y a Sara, cf. Gal 4 *in fine*) por Madre”. “Filli Dei sumus per fidem” (Gal 3, 26), en la “congregatio fidelium” de la fraternidad de los hijos del Padre en Cristo, vivificada por el Espíritu. “Pues así como la voluntad de Dios es un acto y se llama mundo, así su intención es la salvación de los hombres y se llama Iglesia” (S. Clemente de A., Pedagogo, 1, 6; CEC 760).

Es muy ilustrativa, a este respecto, esta reflexión de San Maximiliano María Kolbe: “Cristo se encuentra dentro de su palacio real, no fuera de su morada, sino dentro, muy dentro de sus estancias” (María). <<Nosotros debemos buscar a Jesús por medio de Ella y no en otro lugar, sino solo en Ella. Pasemos *con una* al otro, pero no *de una* al otro>>. (Cf. SK, I, p. 132). El único mediador es Cristo, pero *en y con María*, pues siempre está *en María* y obrando *junto a Ella* para conducirnos a Él. Cristo está siempre en María a la que hace partícipe de su propia función mediadora en el orden de la salvación que alcanza a todos y cada uno de los hombres y los ángeles -uno a uno- de modo inmediato y directo. Es, pues, Mediadora en el Mediador en tanto que participa -de modo subordinado- de la plenitud desbordante del “Unus Mediator”- no sólo en la realización de la Redención, como Corredentora -en el orden de la *mediación ascendente*- sino también en la distribución de sus frutos -en el orden de la *mediación descendente*- de la aplicación de la salvación -como Madre de la divina gracia- (en tanto que nos las obtiene como Intercesora o Abogada (Reina del Corazón del Rey) y es cauce de su donación.

⁶² Cf. J. FERRER ARELLANO, *Corredención mariana y mediación sacramental en “Inmacolata Mediatrix”* 2003, 1, pp 59-106, publicada en inglés en las actas III Simposio -sobre Corredención mariana- de Downside

⁶³ Cf. CEC, 239. J. FERRER ARELLANO, *Dios Padre, origen de la vida trinitaria, como fuente ejemplar y meta de la maternidad de María y de la Iglesia*. “Ephemerides Mariologicae” 49 (1999), pp. 53-125. Sitio Web: www.filosofiateologia.com